

# El fajismo en el reino de España



En primer lugar un detalle de lenguaje, y es que le llamo «fajismo», porque de la palabra italiana «fascio», haz o gavilla, se hizo en castellano «fajo»—un fajo de billetes, verbigracia—. Pero en la Argentina, en tiempo del déspota Rosas, se le llamó al fajo de patrioterros despotistas mazorca. Y acaso está mejor.

Y ahora digamos que se está viendo ya clara, merced, sobre todo, a la intrusión de los jóvenes goicócheffistas y más o menos luises, la manobra de nuestro tartarinesco Mussolini, que, de acuerdo con el supremo poder personal, trata de que no se depuren debidamente las responsabilidades por lo de la santiaguada, responsabilidades que deben depurarse todas y las de todos, absolutamente de todos, según oímos el conde de Romanones y yo de labios autorizados. Pero una cosa es predicar y otra dar trigo; una, confesarse casi en privado, y otra, responder en público.

¿Que la campaña de Africa es de guerra colonial? En ese caso—dicen muchos—hágase como guerra colonial, con tropas coloniales, de voluntarios, de mercenarios. Muy bien; pero ni el Tercio es ejército colonial ni la guerra de Marruecos es colonial. Porque aquello no es colonia, oficialmente, sino una parte del independiente sultanato de Marruecos sobre el que se va a ejercer un protectorado civil. Y para ejercerlo, no es un ejército colonial lo que se precisa, sino una policía. No es, pues, el Tercio, sino la policía indígena lo que encaja al carácter oficial de la empresa de Marruecos.

Lo que hay es que, según los compromisos internacionales de que tanto se habla, España tiene que ejercer un protectorado civil en una parte del sultanato independiente de Marruecos—parte que no es colonia española—; pero el empeño del reino de España, no de la nación, es convertir esa parte en verdadera colonia, para salvar algo siquiera del derrumbamiento del futuro Viceimperio ibérico, proyec-

to que se fraguó bajo la égida de Guillermino II, el de la excursión tartarinesca a Agadán.

La policía indígena responde al modesto proyecto del protectorado civil—que es, por supuesto, un contrasentido—, y el tercio respondía al empeño de colonizar, y de colonizar militarmente, ¡horror!, el Norte de Marruecos. Millán Astray sucede a F. Silvestre. Y todo ello no responde sino a un interés dinástico de tradición carlista.

¡Carlista, sí! El espíritu—o inespíritu—de la dinastía española borbónico-habsburguiana es un espíritu carlista. La Restauración fué un triunfo del carlismo, pero éste se acentuó en la Regencia. La Regencia fué un régimen carlista, genuinamente carlista. Mucho más que si hubiese reinado don Carlos de Borbón y Este, llamado por sus fieles Carlos VII, que era un austriaco. Y un austriaco arratgado en Italia, o sea doblemente austriaco; un austriacante, que dicen los italianos.

Y el carlismo no ha sido ni ha significado en España otra cosa que el fajismo, el nacionalismo troglodítico, aunque a las veces se disfrace hasta de Socialismo, lo que Menéndez y Pelayo llamó la democracia fraileña. Mejor que democracia, olocracia, o Gobierno de turbas, de masas y no de pueblo.

Los despechugados de Millán Astray son los camisas negras de Mussolini. Y son los cesarianos, cien veces peores que los pretorianos, con ser éstos tan aborrecibles.

Estamos como hace un siglo, como en 1822, como en 1833 cuando estalló la primera guerra civil carlista, la de los siete años; como en 1873, cuando estalló la segunda. Sólo que ahora los carlistas se agrupan en torno al trono. Es el sentido carlista de la Regencia.

¿Irá estudiando todo esto el joven Obonito, el vástago imperial de los Habsburgos, que juguetea entre las encinas de El Pardo?

Carlismo, fajismo, Tercio, colonización imperialista de Marruecos, poder personal..., todo se enlaza. Y por otro lado, carreras de caballos, «ska-

ting-ring», timbas, choricería, jugadoras de «dawn-tennis» y ¡viva la galateía!

Y ahora vamos a volver a leer la historia del reino de España de 1854 a 1868, de aquellos años en que Lorenzana escribió «Misterios» y Emilio Castelar «El rasgo», y el inofensivo P. Claret «su estúpido e inocente» libro «Llave de oro». Que así, «estúpido e inocente», le llamó don Ildefonso Antonio Bermejo, un reaccionario, el autor de «La estafeta de Palacio». ¡Qué de actualidad resulta hoy este libro de hace medio siglo!

Antes de otro medio se podrá escribir de lo que va de la saguntada a la santiaguada y de los Borbones netos a los Borbones habsburgizados.

Miguel de UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.SALALES